

# Lo que sea de cada quien

## Los traductores gilipollas de Jorge Herralde

Vicente Leñero

Año con año, en las ferias del libro de Guadalajara, la presencia de Jorge Herralde es constante e imprescindible. El fundador y director de Anagrama siempre está allí, orgulloso de representar para los lectores de libros en castellano, lo que representó Carlos Barral durante los años cincuenta y sesenta en Seix Barral. En sus colecciones Biblioteca Breve y Formentor, Barral nos hizo conocer a Robbe-Grillet, a Nathalie Sarraute, a Claude Simon, a Nossack, a Heinrich Böll, a Marguerite Duras... Por Anagrama de Herralde sabemos de McEwan, de Paul Auster, de Magris, de Tabucchi, de Baricco, de Shlink... Incluso Álvaro Enrigue llegó a decir que existe hoy una copiosa "generación de Anagrama" de escritores y lectores. Lo cual es totalmente cierto. Jorge Herralde tiene por qué sentirse orgulloso, y los adictos a sus libros, agradecidos con él.

Mi hija Isabel y yo lo veíamos todas las mañanas en Guadalajara, a distancia, desayunando con su esposa Lali en la cafetería del Hotel Hilton, compartiendo la charla con los muchos que se acercaban a halagarlo.

Un día me atreví.

Cuando Herralde se levantaba de la mesa rumbo a sus quehaceres, Isabel y yo lo abordamos. Se detuvo contra su voluntad.

No quise poner mi nombre por delante —seguramente nada sabía de mí, pero no fuera a pensar que lo frenaba para endilgarle un original— y fui directamente a los elogios, plagiando los de Enrigue.

Sonrió sin sorpresa, acostumbrado a tantas felicitaciones, y giró en sentido contrario para reanudar su estampida. Lo detuve con un pero...

—Lo malo son sus traductores, señor Herralde.

—Qué pasa con los traductores—gruñó.



Jorge Herralde

Le podría haber expuesto con serenidad lo que muchos pensamos sobre el tema. Incluso se han realizado encuentros, como el que se efectuó en Buenos Aires en noviembre de 2009, en el que sin llegar a conclusiones prácticas los especialistas se planteaban preguntas: “¿Es posible traducir utilizando un lenguaje neutro?; ¿es viable escapar a los modismos de España que abundan en las traducciones de autores que escriben en otros lenguajes?”. Pero como Herralde tenía prisa preferí poner ejemplos concretos:

—Sus traductores son una calamidad, señor Herralde. Resulta horrible para un mexicano leer que un personaje de Carver diga *vale* en lugar de *okey*, o llame *pelmazo* a un impertinente. O que un inglés de McEwan insulte con un *gilipollas* a un pobre diablo.

Sin recomponer el pie derecho adelantado con el que había iniciado su marcha, Herralde me espetó, el cuerpo chueco:

—Nuestros libros se editan en Barcelona. Es imposible hacer una edición para cada país de Hispanoamérica.

—Tal vez tenga razón —dije. Pero no lo dejé escapar—: La que sí resulta intolerable es su traductora de *Mr. Vertigo*, la novela de Paul Auster.

Le recordé que en ese libro hay un largo episodio en el que se toca el tema del beisbol, y como la traductora Maribel De Juan no conoce ni por el forro el cómo y el qué del juego de pelota, las descripciones y el *slang* de ese deporte hacen el episodio de Auster, en su versión castellana, incomprensible y tonto.

—Si va a traducir una narración de beisbol, que se documente —dije—. Es lo menos que se le puede pedir a una traductora profesional.

—En eso tiene razón —respondió por fin Herralde obviamente desinteresado de mis rollos. Le urgía irse. Ya había perdido muchos minutos de su precioso tiempo.

(En el encuentro de traductores de Buenos Aires, por cierto, el español Miguel Sáenz terminó reconociendo la eficacia “del habla sin acento y sin regionalismos que se logra alcanzar en la Organización de las Naciones Unidas y que no sería utópico realizar —enfaticó— en las traducciones literarias”).

Herralde giró la cabeza, completó el paso inicial para dar continuidad a la marcha suspendida, y abandonó el *lobby* del Hotel Hilton pensando, sin duda alguna: “Vaya, venga, qué tío más gilipollas”. ▣